

Inspector  
Salazar  
6

A man in a trench coat and hat, likely Inspector Salazar, standing in a dimly lit room. He is looking slightly to the right. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows. The background is dark and indistinct.

**LOS GATOS  
CAEN DE PIE**  
M. J. Fernández

Salazar deberá enfrentarse a un crimen desconcertante, al mismo tiempo que atraviesa por uno de los momentos más difíciles de su vida personal. En un barrio elegante de Haro asesinan a toda una familia durante la celebración del cumpleaños de uno de sus miembros. Todos los Acosta están muertos excepto el hijo menor, a quien encuentran en su habitación drogado, dormido y con el arma homicida en la mano. A pesar de la brutalidad del crimen, la resolución parece muy sencilla a primera vista, hasta que Salazar encuentra evidencias que le hacen sospechar que hay mucho más detrás del aparente parricidio y fratricidio. Conforme avanza la investigación, los detectives de «San Miguel» descubren que los Acosta ocultaban secretos inconfesables que los convertirían en el objetivo de la venganza de un gran número de personas, algunas en extremo peligrosas... Incluso para el propio Salazar. Al mismo tiempo, don Braulio le pide ayuda a Néstor para encontrar a dos jóvenes que se fugaron y perdieron el contacto con sus familias. Lo que en un primer momento parece una chiquillada sin importancia, adquiere carácter oficial con la aparición de un cadáver. Dependerá de Salazar y su equipo detener al homicida antes de que haya nuevas víctimas...

# **LOS GATOS CAEN DE PIE**

M.J. Fernández

*«Los delitos llevan a las espaldas el castigo».*  
*Miguel de Cervantes*

## **Primera parte**

## Capítulo 1

Diana se llevó las manos a la garganta y se arañó la piel, en un esfuerzo desesperado por aflojar la presión de la cuerda que le cerraba el paso del aire. El instinto de supervivencia era más poderoso que su deseo de morir. ¿Qué le podía ofrecer la vida después de semejante desgracia? Nada. Desde la silla que ocupaba podía ver a su hija tendida en el suelo del comedor sobre un charco de su propia sangre. Hacía varios minutos que no se movía. Dejó de hacerlo después de la convulsión que sufrió cuando cayó herida. Diana ya conocía de cerca las señales de la muerte y por eso tenía la certeza de que había perdido a su pequeña para siempre. Ella sabía que en el salón que no alcanzaba a ver, el resto de su familia había sufrido la misma suerte de Carolina. Primero Erasmo y luego Simón. Ambos salieron del comedor para enfrentar al visitante inesperado y no regresaron. Las repetidas detonaciones que ella escuchó le dejaban pocas dudas acerca del motivo. En pocos minutos toda su familia desapareció, con excepción de uno: la oveja negra.

La falta de oxígeno comenzaba a nublar su conciencia, pero aun así percibió la humedad en las mejillas cuando las lágrimas desbordaron sus ojos. Su vida, su mundo y su familia quedaron destruidos en un abrir y cerrar de ojos, sin que ella supiera por qué.

Sus dedos trataron de asir la cuerda, pero el verdugo respondió con más presión. El dolor en la garganta era in-

descriptible, sentía que los pulmones le estallarían de un momento a otro, y la cabeza se le iba. Pronto se reuniría con los suyos y sería un dulce alivio dejar de sufrir. Si no fuera por ese instinto de conservación que la obligaba a luchar por su vida, a tratar de arañar al asesino, a hacer esfuerzos por respirar, aunque lo único que quería era dejar de hacerlo...

Ya los labios de Diana eran de color violeta, sus ojos parecían salir de sus órbitas, sus esfínteres se habían relajado y sus músculos se sacudían en movimientos involuntarios. Era evidente que solo le quedaba un hilo de conciencia. Entonces el verdugo acercó sus labios al oído de su víctima y murmuró:

–Sretan rođendan, «majci».

Después de una última convulsión, el cuerpo se desplomó en el asiento con la flacidez de la muerte. Sin embargo, el asesino no quiso correr riesgos y apretó un poco más la cuerda durante un par de minutos. Ni podía, ni quería dejar supervivientes.

Solo aflojó la presión cuando estuvo seguro de que Diana Acosta había dejado este mundo. Entonces contempló su obra: todo había resultado según sus planes, pero todavía quedaba mucho por hacer.

Los cuerpos de Erasmo y Simón estaban en el salón, el de Carolina en el suelo del comedor y el cadáver de Diana amenazaba con caer de la silla donde murió.

*Osvetnik* se puso manos a la obra. Para cuando terminó, los cuatro cadáveres ocupaban sus correspondientes asientos alrededor del comedor. Entonces colocó un mantel limpio sobre el que volvió a servir la mesa con todas las convenciones de la etiqueta. No era muy diferente de la que Diana y sus hijos prepararon esa misma tarde, solo que esta vez había un cubierto más. Un visitante indeseable.

*Osvetnik* sacó la tarta del frigorífico y la colocó en el centro con ademanes ceremoniosos, mientras canturreaba

una vieja melodía en honor de la familia que ya no lo podía escuchar. Luego cortó una porción del pastel, se sentó en una de las sillas desocupadas y comió con lentitud. No olvidó lavar los utensilios que usó. Contempló de nuevo su obra con satisfacción. Solo restaba una tarea.

No había transcurrido ni una hora cuando Milagros bajó del coche con prisas. Llegaba tarde a la celebración del cumpleaños de su amiga Diana. Se estremeció con el frío de una noche brumosa sin luna, ni estrellas. El ulular de un búho campestre le puso la piel de gallina. Milagros cerró el coche y se encaminó a la aislada casa. Le sorprendió encontrar la puerta entreabierta. El hilo de luz que se filtraba por la hendidura y que rompía la absoluta oscuridad le causó un escalofrío. Algo no estaba bien.

La vecina presionó el timbre con timidez y llamó a su amiga por su nombre, primero en voz baja y luego con mayor decisión. Como no hubo respuesta se aventuró a empujar la puerta y entrar con paso inseguro. El calor de la chimenea encendida la sorprendió y lejos de aliviarla, le ocasionó resquemor. El olor a desechos humanos inundó sus fosas nasales y la obligó a detenerse. Tuvo la tentación de marcharse, pero se forzó a sí misma a seguir adelante. Estaba segura de que algo había ocurrido. Tal vez una cañería se desbordó en medio de la celebración y a Diana le vendrían bien un par de manos para ayudar. ¿Qué más podría explicar aquella fetidez? Las manchas en el suelo de madera del salón despertaron su curiosidad. Tenía la certeza de que no estaban allí esa misma mañana, pero no pudo adivinar qué las había causado. Siguió avanzando con lentitud, sin dejar de llamar a los Acosta por sus nombres hasta que llegó al comedor. Entonces sus gritos penetraron la noche riojana y espantaron a las rapaces de los alrededores.

## Capítulo 2

La llamada llegó durante la guardia de Sofía, quien después de escuchar la descripción de la escena del crimen por parte de los patrulleros, le pidió a García que avisara al inspector Salazar. No era habitual que algo impresionara a policías tan experimentados, como ocurrió en este caso. El homicidio de toda una familia en su propia casa justificaba que acudiera con su jefe. Así que lo esperó y salieron juntos en dirección al lugar de los hechos.

Cuando abandonaron la comisaría, Sofía le dio una corta explicación a Salazar sobre lo que iban a encontrar. Él asintió y se abstuvo de expresar su opinión. El silencio en la cabina del coche era tan opresivo, como impenetrable la oscuridad de la noche invernal. Localizaron el chalé del Barrio Estación gracias al GPS, pues se encontraba en una carretera auxiliar, muy alejado del vecino más próximo y rodeado de tierras sin cultivar y vegetación silvestre. Resultó un alivio distinguir las luces de las patrullas y las ambulancias, que les hicieron comprender que llegaban a su destino.

Después de identificarse con los guardias que vigilaban el perímetro, los dos policías entraron en la casa. Allí encontraron al equipo de la Científica escudriñando los rincones. Néstor reconoció con satisfacción que se trataba del grupo bajo las órdenes de Casimiro Barros. Los dos policías se enfundaron en los trajes de protección que les

proporcionaron para que no contaminaran la escena del crimen, y se adentraron en el salón.

Hacía calor en la habitación en comparación con el exterior. Salazar observó que en la chimenea todavía quedaban rescoldos de un fuego que se negaba a extinguirse. La fetidez era nauseabunda. La mancha que se extendía sobre la madera recién pulida fue lo primero que llamó la atención de Néstor.

–Es sangre –afirmó uno de los peritos más jóvenes, al notar el interés del inspector.

–¿Lo habéis comprobado?

El técnico asintió.

–Resultó positivo para la prueba de Luminol. Y no es la única. Encontramos otra en la entrada al salón desde el comedor y también junto a la mesa.

–¿Tres víctimas?

–Cuatro –corrigió el perito–. A una de las mujeres la estrangularon. Presumimos que se trataba de la madre.

Néstor suspiró. Preveía que ese caso sería complicado. Como si tuviera poco con sus problemas personales. Sofía, a su lado miraba y escuchaba, en un esfuerzo por no perder detalle. El oficial a cargo de los patrulleros se acercó a los detectives libreta en mano.

–Me alegra que esté aquí, jefe –le confesó a Néstor–. Es la primera vez que veo algo como esto en todos mis años de servicio.

–¿De qué se trata, Gutiérrez?

–Las víctimas son una familia: padre, madre, dos hijos veinteañeros, chico y chica.

–¿Quién encontró los cuerpos?

–La vecina. Su nombre es Milagros Noguera.

–¿Vecina? No se ve ninguna construcción en kilómetros a la redonda.

–Así es. Todos los chalés de por aquí se encuentran muy alejados unos de otros. Sin embargo, la casa de la señora Noguera es la más cercana y ella era amiga de la se-

ñora Acosta, la madre de esta familia, quien hoy cumplía años. La familia invitó a la vecina para que los acompañara en una celebración modesta. Se le hizo un poco tarde y cuando llegó encontró la puerta entreabierta. Lo demás, usted ya se lo puede imaginar.

—¿Dónde está la señora Noguera?

—Sufrió una crisis nerviosa y los socorristas la trasladaron al hospital. Llamó a su esposo por el móvil y él fue quien nos avisó.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En el comedor. El asesino movió los cadáveres. Es lo más macabro que he visto en toda mi vida. Allí se encuentran ahora el juez y el forense, que llegaron hace unos minutos.

—Muy bien. Parece que tendremos un caso difícil por resolver.

—No lo crea, señor. De hecho, yo diría que solo dará trabajo con el papeleo. Lo que todavía no le he informado es que ya tenemos al culpable.

—¿Ya lo tenéis?

—Sí, señor. Cuando llegó la primera patrulla para atender la llamada, registraron la casa como ordena el procedimiento —afirmó el oficial con orgullo—. Lo encontramos en una de las habitaciones de arriba.

—¿Me está diciendo que el responsable del asesinato de esta familia cometió el crimen, movió los cadáveres y subió a esperar a la Policía en las habitaciones?

—En realidad, no es que nos esperara, inspector. Se trata del otro hijo de la pareja. Se durmió en su habitación después de drogarse. A su lado encontramos utensilios para el consumo de heroína. Además, su ropa estaba manchada de sangre y tenía el arma en la mano. El nombre del joven es David Acosta. Ya debe estar en las celdas de la comisaría.

Salazar dio las gracias al oficial. En vista de que encontraron al supuesto homicida con el arma humeante en la

mano ordenó que se le realizara una prueba de parafina. Luego avanzó en dirección al comedor. Su compañera le siguió los pasos.

La escena que encontraron le causó escalofríos al curtidor inspector jefe. Alrededor de una mesa arreglada con cuidado y buen gusto había cuatro cadáveres: los miembros de la familia que describió Gutiérrez. En el centro vio una tarta de cumpleaños a la que le faltaba una porción.

—El plato y la cucharita que usaron para comer el pastel los encontramos en la cocina recién lavados —anunció Casimiro a espaldas de Salazar—. Ya los enviamos al laboratorio por si quedó algún rastro de saliva que nos proporcione una muestra de ADN, pero lo dudo mucho.

Después de saludar al jefe de Científica, quien respondió con un bufido y regresó al salón para continuar con su trabajo, Néstor volvió a concentrarse en la escenificación que preparó el asesino.

En una esquina de la habitación vio al juez Antúnez, uno de los nuevos togados que asignaron a Haro después de que algunos meses atrás estallara el asunto de los juicios arreglados. Néstor todavía no había trabajado con este juez, pero según los cotilleos era rígido con las normas y apegado a la Ley, lo que a su juicio eran buenas referencias.

Salazar se acercó a Antúnez para presentarse a sí mismo y a su compañera. El juez respondió con formalidad y no se sorprendió por la apariencia desgarbada del policía. Era probable que también hubiera escuchado rumores sobre él. Con actitud formal, Antúnez les proporcionó los nombres de las víctimas: el apellido de la familia era Acosta. El padre se llamaba Erasmo y era empresario. La madre, Diana, se ocupaba del hogar. Los hijos eran Simón, que según la vecina ya se había independizado, y Carolina que todavía vivía en la casa paterna. Con respecto a David, la oveja negra de la familia y ahora principal sospe-

choso, ni trabajaba, ni estudiaba, así que dependía de sus padres.

Javier Molina, el forense, que en ese momento se encontraba junto al cuerpo del hombre de mayor edad, saludó a los recién llegados y dejó su tarea por unos momentos para poner al día al inspector.

–Parece que siempre nos tocan los casos chungos –se quejó Molina.

–Pues según la opinión de Gutiérrez, este ya está resuelto.

–Ya veremos si cae esa breva.

–¿Qué nos puedes decir de los cadáveres?

–No mucho todavía. Llegué hace pocos minutos, así que tendréis que conformaros con los datos más evidentes –Néstor asintió sin protestar. A Javier le sorprendió esa actitud conformista, pero decidió concentrarse en el caso –. De acuerdo, lo que puedo adelantaros es esto: Erasmo, Simón y Carolina murieron abaleados. Diana fue estrangulada.

–¿Alguna idea de por qué la diferencia?

–Ninguna.

–¿Hay evidencia de que pudiera haber más de un asesino? –preguntó Sofía.

–Es demasiado pronto para afirmar o negar nada. En cualquier caso, deberás hacerle esa pregunta a Científica –argumentó Molina.

–Tienes razón, disculpa.

–¿Qué más puedes decirnos? –intervino Néstor.

–El padre recibió tres disparos a menos de un metro de distancia: uno a la cabeza, otro al corazón y el tercero en el estómago.

–El asesino se quiso asegurar de su muerte.

–Sin duda. Los hijos en cambio recibieron un disparo cada uno. Ambos en el corazón y a mayor distancia.

–Tal vez se trató de una eliminación de testigos –sugirió Salazar–. Es probable que el objetivo principal fuera el

señor Acosta. ¿Qué me puedes decir de la madre?

–No le disparó. Es probable que la obligara a sentarse a punta de pistola, le rodeó el cuello con una cuerda gruesa y la estranguló. Las únicas heridas de la señora Acosta se las causó ella misma al arañarse el cuello cuando trató de librarse de la presión de la cuerda.

–Tal vez tengamos suerte y arañara también al asesino –dijo Sofía.

–Lo sabremos cuando tengamos los resultados de la autopsia –señalo Néstor–. Así que se ensañó con el padre y con la madre. Los homicidios de ambos tienen un carácter muy personal.

–Eso confirmaría que el hombre que buscamos es el que sus compañeros encontraron drogado en su habitación –intervino el juez.

–Tal vez.

–No parece muy convencido, inspector.

–No lo sé. Se me hace difícil creer que alguien puede cometer un crimen como este, preparar un escenario tan macabro y después subir a su habitación a drogarse y dormir la mona.

–Tampoco parece obra de ladrones corrientes.

–No, tiene usted razón. Es demasiado apasionado, personal. ¿Sabemos la hora de la muerte?

–No he tenido ocasión de calcularla –confesó el forense–, pero debe ser reciente porque los cuerpos todavía conservan calor. Aunque Gutiérrez me comentó que cuando llegaron los primeros patrulleros encontraron la chimenea a tope y la calefacción encendida. Eso dificultará la precisión de las estimaciones.

–Tal vez el asesino previó que los cuerpos serían descubiertos pronto y quiso dificultar un poco nuestro trabajo –opinó Néstor.

–Es probable que así sea –reconoció Javier.

–¿Sabemos quién era el quinto comensal?

El forense negó con la cabeza, al mismo tiempo que se encogía de hombros.

–¿El hijo menor, tal vez?

–Es posible –admitió Salazar–. Supongo que lo mejor será dejaros trabajar y ocuparnos de interrogar al supuesto homicida.